

La Fraternidad Humana, un diálogo abierto

Tiscar Espigares Pinilla

Responsable en España de la Comunidad de Sant'Egidio

Agradezco esta invitación a reflexionar sobre un acontecimiento histórico, y sobre un tema tan esencial para el futuro de la humanidad como es el documento “Sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común”, firmado hace exactamente un año en Abu Dhabi por el Papa Francisco y Al-Tayeb, gran imán de la universidad egipcia de al-Azhar.

Estoy aquí como miembro de la Comunidad de Sant'Egidio, una comunidad cristiana de la Iglesia católica fundada por Andrea Riccardi en 1968 que tiene una dilatada trayectoria de 50 años, con una larga historia de diálogo, de encuentro y de construcción de la paz. En efecto, esta Comunidad ha dado vida a muchos momentos de diálogo, de encuentro e intercambio entre hombres y mujeres de religiones distintas, para favorecer la paz en el mundo.

Un gran conocedor del mundo, el viajante y periodista polaco Kapuscinski, que conoció mundos distintos, escribió: “Cada vez que el hombre se ha encontrado con Otro, se le abrían tres posibilidades: podía elegir la guerra, aislarse tras un muro o entablar un diálogo”¹. Por eso hay que fomentar siempre el arte del diálogo para consolidar el sentimiento del destino común, camino y base de la paz y de la convivencia. El arte del diálogo significa hablar de manera verdadera y pacífica, se alimenta de encuentros; no es agredirse utilizando las palabras como armas: acerca, respeta y pone de manifiesto lo que hay en común.

Pero el diálogo no ha sido siempre el clima de las relaciones entre las diferentes tradiciones religiosas. No hay duda de que el diálogo entre las diferentes religiones es un fenómeno que experimenta su mayor impulso a partir del siglo XX. A lo largo de los siglos anteriores los diferentes mundos religiosos se habían “ignorado” y hasta incluso “combatido” (cruzadas, etc...). Aunque también se produjeron momentos de encuentro fundamentales, como la visita de San Francisco de Asís al sultán Malik al-Kamil en Egipto, en pleno clima de cruzadas, del que el año pasado celebramos el octavo centenario.

Hay dos acontecimientos del siglo XX que han marcado profundamente el rumbo del diálogo entre las religiones.

1 Discurso durante el acto de investidura de doctor Honoris Causa de la Universidad Ramon Llull (URL), Barcelona, 17 de junio de 2005.

En primer lugar, el Concilio Vaticano II, con la declaración *Nostra Aetate* (octubre de 1965), que marcó de forma clara una nueva actitud de la Iglesia hacia las religiones no cristianas. En las páginas de este texto conciliar aparece con claridad el sueño de Dios para el mundo, presente desde la creación: la unidad de la familia humana. Con el Concilio, se pasó de la simple tolerancia al diálogo respetuoso, a la estima teológica y a la colaboración para promover la paz, la libertad y el horizonte espiritual de los hombres.

La declaración conciliar *Nostra Aetate* afirma:

La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, por más que discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas. Por consiguiente, exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y colaboración con los adeptos de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que en ellos existen. (Nostra Aetate, 2)

De esta manera, maduraba dentro de la Iglesia el carisma del servicio a la unidad y a la fraternidad entre los pueblos de la tierra, y este carisma se llevaba a cabo precisamente a través del diálogo entre personas de diferentes religiones. Surgía así, por ejemplo, un nuevo organismo en la curia romana, el “Secretariado para los no Cristianos” (creado por Pablo VI en 1964, que en 1988 Juan Pablo II lo convertiría en el Pontificio Consejo para el Diálogo Inter-religioso).

El segundo gran acontecimiento que ha marcado el fuerte impulso del diálogo entre las religiones es el histórico encuentro en Asís del 27 de octubre de 1986 promovido por Juan Pablo II, cuando por vez primera en la historia se reunieron los representantes de las principales religiones mundiales para rezar por la paz. Este encuentro representó la primera realización concreta, la primera gran expresión de esa nueva actitud de la Iglesia hacia las demás religiones que el Concilio había indicado.

Ya el 25 de enero de 1986, en la homilía de la conclusión del octavario de oración por la unidad de los cristianos, desde la basílica de San Pablo, Juan Pablo II pronunció estas palabras:

Ningún cristiano, es más, ningún ser humano que crea en Dios creador del mundo y Señor de la historia, puede permanecer indiferente ante un problema que toca tan íntimamente el presente y el futuro de la humanidad. Es necesario que todos se movilicen para ofrecer su propia contribución a la causa de la paz. La guerra puede ser decidida por pocos, la paz supone el compromiso solidario de todos. En esta perspectiva lanzo un apremiante llamamiento a todos los hermanos y hermanas cristianos y a todas las personas de buena voluntad para que se unan durante este año en una insistente y fervorosa oración para implorar de Dios el gran don de la paz. La Santa Sede desea contribuir a suscitar un movimiento mundial de oración por la paz que, sobrepasando los límites de las naciones individuales e implicando a los creyentes de todas las Religiones, llegue a abrazar el mundo entero.

Asís no podía quedar sólo como la obra maestra de un día, debía continuar. Es lo que el mismo Juan Pablo II pidió a los representantes de las religiones dos días después del encuentro, el 29 de octubre en Roma: «*Sigamos difundiendo el mensaje de paz. Sigamos viviendo el Espíritu de Asís*».

Después de Asís han sido varias las iniciativas que se han puesto en movimiento, con diferentes acentos. Una de las más significativas son los encuentros internacionales de oración por

la paz en el Espíritu de Asís que la Comunidad de Sant'Egidio ha promovido cada año, a partir de 1987, y que han tenido lugar en diferentes ciudades de Europa y del mundo, la última en Madrid el pasado mes de septiembre.

Desde el Vaticano II y Asís 1986, llegamos al histórico documento de Abu Dhabi del año pasado. Este texto llega después de una difícil historia en la relación entre Cristianismo e Islam de las últimas dos décadas, fundamentalmente desde el ataque terrorista a las torres gemelas de Nueva York del 11 de septiembre de 2001. Una época marcada por el «choque de civilizaciones y de religiones», por el terrorismo, la desconfianza...

Es importante recordar que desde el 89, con la caída del muro de Berlín, hasta hoy, lejos de alcanzar esa paz global que tantos auspiciaban con el fin de la guerra fría, hemos asistido al estallido de numerosos conflictos a medida que la globalización se imponía dilatando los horizontes, pero sin facilitar la convivencia. Si antes los conflictos eran de tipo ideológico, hoy surgen nuevos conflictos con motivaciones étnicas, económicas o de otro tipo. La tentación del Norte del mundo sigue siendo la de retirarse y protegerse detrás de muros -a veces hasta físicos- mientras la desigualdad en el mundo no hace más que crecer. Armas peligrosas caen en manos de grupos “oscuros”, que ya no se identifican con los Estados, sino que responden más bien a redes mafiosas o terroristas. En este contexto las religiones a veces han quedado atrapadas en la lógica de los fundamentalismos, instrumentalizadas para avivar los conflictos...

Además, con la globalización hemos asistido no sólo a la revolución de los medios de comunicación, sino a la emigración que ha llevado a los fieles de una religión a habitar en la tierra de otros. Hoy en día musulmanes y cristianos viven juntos, ocurre en España, en Europa... Pero también muchos emigrantes cristianos viven en países árabes, como se pudo ver precisamente en Abu Dhabi, durante la misa celebrada por el Papa en presencia de más de 170 mil católicos (de los 900 mil que viven en los Emiratos). Este ha sido otro acontecimiento importantísimo de ese encuentro al que quizá no se le dio tanta difusión en los medios de comunicación. El Papa Francisco ha elegido las visitas a los lugares más periféricos del mundo, incluso para los cristianos, poniendo de relieve, visibilizando esta iglesia presente en lugares remotos.

Desde el comienzo de su pontificado, fiel al espíritu del Concilio, el Papa Francisco ha mantenido con valentía un discurso abierto al diálogo y muy firme en la separación de las religiones con la guerra y la violencia, proponiendo a todos “desmilitarizar los corazones”. En su discurso en Abu Dhabi hace un año dijo: *“La verdadera religiosidad consiste en amar a Dios con todo nuestro corazón y al prójimo como a nosotros mismos. Por lo tanto, la conducta religiosa debe ser purificada continuamente de la tentación recurrente de juzgar a los demás como enemigos y adversarios. Todo credo está llamado a superar la brecha entre amigos y enemigos, para asumir la perspectiva del Cielo, que abraza a los hombres sin privilegios ni discriminaciones”*.

En la relación con el Islam, especialmente el suní, uno de los problemas fundamentales para la Iglesia era identificar interlocutores representativos. El gran imán de al-Azhar, Al-Tayeb, constituye esta figura de autoridad en el islam suní, es una figura con una historia singular, dimitió como gran muftí de Egipto por negarse a firmar las sentencias de muerte, poco a poco se ha abierto al encuentro con los cristianos participando en numerosas ocasiones en los encuentros en el espíritu de Asís promovidos por la Comunidad de Sant'Egidio.

El documento firmado en Abu-Dhabi hace un año no es uno de esos documentos destinados a llenar las estanterías, como tantos otros. No, es un encuentro que llena la vida: es un abrazo. Es una piedra angular destinada a cambiar en profundidad la relación entre los creyentes, especialmente los cristianos y los musulmanes suníes.

Se lee en el documento sobre la Fraternidad Humana:

“Un documento pensado con sinceridad y seriedad para que sea una declaración común de una voluntad buena y leal, de modo que invite a todas

las personas que llevan en el corazón la fe en Dios y la fe en la fraternidad humana a unirse y a trabajar juntas, para que sea una guía para las nuevas generaciones hacia una cultura de respeto recíproco” (Prefacio)

“En el nombre de Dios ... de la inocente alma humana... el nombre de los pobres, de los desdichados, de los necesitados y de los marginados... de los huérfanos, de las viudas, de los refugiados y de los exiliados de sus casas y de sus pueblos; de todas las víctimas... de los pueblos que han perdido la seguridad, la paz y la convivencia común... de la libertad ... En el nombre de Dios y de todo esto, Al-Azhar al-Sharif —con los musulmanes de Oriente y Occidente—, junto a la Iglesia Católica —con los católicos de Oriente y Occidente—, declaran asumir la cultura del diálogo como camino; la colaboración común como conducta; el conocimiento recíproco como método y criterio”.

A mi juicio, tan importante como el documento es profundizar en las palabras del Papa con motivo del encuentro, que explican las razones profundas y la importancia de la iniciativa. El Papa evoca la narración bíblica del diluvio universal para motivar el documento:

“De acuerdo con la narración bíblica, para preservar a la humanidad de la destrucción, Dios le pide a Noé que entre en el arca con su familia. También hoy, en nombre de Dios, para salvaguardar la paz, necesitamos entrar juntos como una misma familia en un arca que pueda navegar por los mares tormentosos del mundo: el arca de la fraternidad”.

Nuestro mundo necesita un nuevo Noé que construya ése arca, cada hombre y cada mujer están llamados a aportar su contribución, pero de modo especial las religiones, los creyentes. Dijo el Papa en Abu Dhabi:

“No hay alternativa: o construimos el futuro juntos o no habrá futuro. Las religiones, de modo especial, no pueden renunciar a la tarea urgente de construir puentes entre los pueblos y las culturas. Ha llegado el momento de que las religiones se empeñen más activamente, con valor y audacia, con sinceridad, en ayudar a la familia humana a madurar la capacidad de reconciliación, la visión de esperanza y los itinerarios concretos de paz”.

Hay quien ha expresado un cierto escepticismo hacia el documento de Abu Dhabi. En gran parte, los frutos a que dé lugar este texto dependerán de la acogida que reciba tanto en el mundo cristiano como en el musulmán, del compromiso y el esfuerzo por explicarlo y darlo a conocer. Por este motivo aplaudo y agradezco la iniciativa que ha tenido la archidiócesis de Sevilla a través de su delegación de Apostolado Seglar de organizar este encuentro.

Con el fin de promover la consecución de los objetivos del documento sobre la Fraternidad Humana, el 20 de agosto se fundó en la capital de los Emiratos Árabes el Alto Comité para la aplicación del Documento sobre la Fraternidad Humana, presidido por el cardenal Miguel Ángel Ayuso Guixot, Presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, y compuesto por miembros cristianos, musulmanes y judíos. Un mes después de su nacimiento, el 11 de septiembre pasado, el Comité se reunió por vez primera en la Casa Santa Marta. El pasado mes de diciembre este Comité se reunió con el Secretario General de Naciones Unidas, António Guterres, a quien solicitaron que el 4 de febrero sea declarado Día Mundial de la Fraternidad Humana.

Hoy precisamente se está celebrando en los Emiratos Árabes el “Congreso sobre el Documento de Abu Dhabi”. En este encuentro está participando Daniela Pompei, de la Comunidad

de Sant'Egidio, que presentará la experiencia de acogida e integración de los corredores humanitarios promovidos por nuestra comunidad como iniciativa "inspiradora", tal y como reza el programa del encuentro.

El Mediterráneo es un mar que se ha convertido en un muro, un muro de agua que engulle a hombres, mujeres y niños. Para tratar de abatir este muro, la comunidad de San Egidio ha promovido los corredores humanitarios, que nacieron en diciembre de 2015.

Los corredores humanitarios son el fruto de una colaboración ecuménica entre cristianos católicos y protestantes que se han unido para llevar a cabo este proyecto humanitario que permite la entrada en Europa de manera segura y legal a refugiados provenientes de países en guerra y que están bloqueados durante años en campos de refugiados en Líbano, Etiopía y otros lugares.

En el ámbito jurídico, los corredores se amparan en el artículo 25 del Reglamento (CE) núm. 810/2009 de 13 de julio de 2009 que establece que los Estados de la UE pueden emitir visados humanitarios con validez territorial limitada, es decir, válidos para un solo país. Los corredores humanitarios, además de salvar vidas humanas en el Mediterráneo, impiden la explotación de los traficantes que se lucran con aquellos que huyen de la guerra; permiten que personas en "situaciones de vulnerabilidad" (personas perseguidas y torturadas, familias con niños, ancianos, enfermos y personas discapacitadas) entren legalmente en territorio europeo con un visado humanitario.

Con las Iglesias protestantes italianas, y de acuerdo con el Ministerio del Interior y Exteriores, el 15 de diciembre de 2015 se firmó el protocolo de apertura de los primeros corredores humanitarios: 1000 visados para los refugiados sirios que estaban en los campos de refugiados de Líbano. Después de aquel acuerdo, se firmó otro protocolo con la Conferencia Episcopal Italiana el 12 de junio de 2017 para 500 refugiados de Etiopía. Ambos protocolos se han renovado posteriormente.

La iniciativa se financia por completo con las aportaciones de las organizaciones promotoras y otras colectas de fondos, no representando ninguna carga para el Estado. Al llegar a Europa los refugiados no sólo son acogidos, sino que se les ayuda a integrarse en el tejido social y cultural a través del aprendizaje de idioma, la escolarización de los menores y otras iniciativas.

Ya son 3100 los refugiados que han llegado a Europa a través de los corredores humanitarios, a Italia, Francia, Bélgica y Andorra.

El pasado mes de julio, Sant'Egidio junto con la Federación de las Iglesias evangélicas de Italia (FCEI) propuso un "corredor humanitario europeo" para proteger a los refugiados que se encuentran en Libia, un país afligido por una cruenta guerra civil. En aquel país los refugiados viven en campos de detención en condiciones similares a la de los campos de concentración. Su vida corre peligro y están sometidos cada día a torturas y vejaciones de todo tipo. Este corredor humanitario sería una nueva vía de acceso legal y seguro a Europa para 50.000 refugiados que, a través de un sistema de cuotas, serían acogidos en los países europeos disponibles a participar en el proyecto. Para Europa puede ser un acto de civilización en defensa de los derechos humanos, un gesto a la altura del rol que creemos que debe asumir en el mundo.

La presidenta de la Comisión Europea, Ursula Von der Leyen, en su primera intervención en el Parlamento de Estrasburgo se manifestó en esta línea y anotó la necesidad de recurrir a los corredores humanitarios para tutelar el derecho de asilo de los refugiados que huyen de la guerra y de los países en los que no hay garantías de derechos fundamentales.

El pasado martes 28 de enero ha llegado a Milán una familia siria gracias a los corredores humanitarios. La novedad es que la Unión de las Comunidades Judías Italianas (UCEI) y la Comunidad Judía de Milán son los que se harán cargo de la acogida e integración de los 7

miembros de esta familia (padres, 4 hijos y un pariente), en colaboración con la Comunidad de Sant'Egidio. Se amplía así el lazo entre las comunidades de creyentes.

Los corredores humanitarios son en el fondo una expresión del espíritu del documento sobre la fraternidad humana sobre el que hoy estamos reflexionando. Tal y como expresó el Papa Francisco en el encuentro de Abu-Dhabi: *“Que las religiones sean la voz de los últimos, que no son estadísticas sino hermanos, y estén del lado de los pobres; que vigilen como centinelas de fraternidad en la noche del conflicto, que sean referencia solícita para que la humanidad no cierre los ojos ante las injusticias y nunca se resigne ante los innumerables dramas en el mundo”*.

A partir de nuestra experiencia podemos constatar que del encuentro con los inmigrantes surge una fuente de humanidad. Lógicamente de la convivencia entre personas distintas surgen dificultades, pero se aprende, es algo esencialmente humano, como humana es la solidaridad para salvar una vida, como humano es el sueño de un mundo mejor para todos. Los “corredores humanitarios” proponen un itinerario de humanidad para todos y constituyen hoy un paso decisivo en la construcción de la “civilización de la convivencia”.

Es cierto que encontrarse no siempre es fácil, así como dialogar no es espontáneo. Pero la experiencia de estos años de encuentros demuestra que la práctica del diálogo es un arte de la madurez de las culturas, de los pueblos y de los individuos. Y se presenta como un arte decisivo en este momento de la historia.

Por eso hacen mucha falta Noés que construyan ese arca de la fraternidad que dé frutos de paz y de justicia que este mundo nuestro tanto necesita. Y por eso hace muchísima falta el diálogo, ese diálogo que, como habéis titulado este encuentro de hoy “sigue abierto”. Un diálogo que debe continuar.